

nes, mientras un Senado hábil decidía medidas de interés público en Roma. A la verdad tuvo Cartago grandes generales, y á su mérito personal debió sin duda que permaneciera dudosa la decision de la suerte; pero allí la educacion no tenía por principal objeto formar héroes; no reservaba á los vencedores las solemnidades del triunfo; en medio de sus victorias se veían los generales llenos de trabas, hijas de los celos ó de un cálculo rentístico, que les rehusaban los indispensables refuerzos. Tenían que temer una derrota que les exponía á un proceso, con la ignominia de la cruz en perspectiva, cuando meditaban el plan de una batalla. Roma, por el contrario, va al encuentro del consul vencido en Cannas, le da gracias por no haber desesperado de la patria, y da cuanto posee, despoja á los templos y á las mujeres, para reunirle un nuevo ejército.

Y el nuevo ejército salió victorioso. Rechazado Anibal de Italia, ni aun pudo resistir dentro de su patria, que de humillacion en humillacion alentaba á sus enemigos para exterminarla.

El partido de la causa nacional tenía que luchar contra la faccion romana y contra la que, favorable á Massinisa, le sostenía en sus usurpaciones, atenuándolas con su indulgencia ó disculpándolas con sutilezas. Pero la audacia del númida, creciente de continuo, inspiró al partido cartaginés doble energía, y expulsó á sus parciales. Entonces se adelanta Massinisa para tomar venganza como de un ultraje, y cansados de sufrir los cartagineses por tanto tiempo sus insultos, se deciden á correr la suerte de las armas. Se les declara adversa, porque secundado el monarca nonagenario por los dos príncipes Hiempsal y Adherbal, corta toda comunicacion á su ejército, le reduce al hambre, y le mata cincuenta mil hombres. Roma había despachado embajadores, encargándoles que en el caso de llevar Cartago la mejor parte le intimaran deponer las armas, ó que excitaran al númida á proseguir sus triunfos si le era propicia la fortuna. Así lo hicieron, y mientras Cartago compraba á costa de nuevas concesiones la compasion de Massinisa, y condenaba como reos de estado á los instigadores de aquella guerra, Caton se presentaba ante el Senado de Roma, y sacando de debajo de su toga higos

al parecer recientemente cogidos, dijo: *¡Estos frutos estaban hace tres dias pendientes de su rama en los jardines de Cartago, y permitireis que subsista tan cerca de vosotros ciudad semejante.*

Por extraño que fuera el motivo para exterminar á un vecino prevaletió enteramente; y Roma notificó á Cartago que por haber violado la paz debía aguardar un castigo. Pusiéronse, pues, en camino los cónsules M. Manilio Nepote y L. Marcio Censorino, con ochenta mil hombres de infantería, cuatro mil caballos, cincuenta galeras de cinco andanadas de remos é innumerable cantidad de barcos de transporte. Llevaban orden de no poner término á las hostilidades hasta que fuera destruida Cartago. Convencidos los cartagineses de la imposibilidad de oponer resistencia, envían nuevos embajadores con plenos poderes de aceptar cualesquiera condiciones, y aun de entregarse á discrecion á los romanos, con tal de que *la ciudad fuera tratada con miramiento.* Estos duplican su orgullo en proporcion del abatimiento de la potencia rival, piden que se les entregue dentro del preciso plazo de treinta dias, y dar para seguridad de su mision á lo que decidan los cónsules, trescientos rehenes de las familias (150).

Pareció exorbitante la condicion impuesta, y sin embargo hubo de resignarse á ella. En medio de los gemidos de sus deudos y de la indignacion de los corazones generosos, partieron los trescientos rehenes, pero los cónsules se reservaron dar conocimiento de la voluntad del Senado para cuando llegaran á Utica. A pesar de todo, ya dentro de los muros de la ciudad, y temerosos los cónsules de que el exceso del infortunio empujara á la desesperacion á los cartagineses, no osan exponer las condiciones prescritas sino de una en una. Primeramente los cartagineses debían suministrar todo el grano necesario para las provisiones del ejército; luego debían entregar todas las galeras de tres andanadas de remos; en seguida todas las máquinas de guerra; por último todas las armas; se les remitieron dos mil máquinas, y doscientas mil armaduras completas.

Cuando los cónsules ven á los cartagineses desprovistos de cuanto podían infundirles todavía miedo, é incapaces de sostener un asedio, declaran que la ciudad será destruida, quedan-

do obligados á retirarse á tres millas del mar sus habitantes. Al representar los embajadores que los romanos se han comprometido á dejar libre é intacta la ciudad en el tratado, se les responde que *Civitas*, significa los habitantes y no las habitaciones.

Aterrados en un principio los cartagineses, se entregaron por algun tiempo á los pesares del desconsuelo; llorando unos á sus hijos dados en rehenes, maldiciendo otros á sus abuelos por no haber preferido una muerte gloriosa á las vergonzosas transacciones á que se habían sometido; luego abochornándose de sí propios, su abatimiento cede el puesto á un furor desesperado, y adoptan la resolucion de no abandonar su patria. Conviértese en armas todo lo que queda de metales; se hace cada taller una fábrica de ellas; fabricanse al dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos; cortan las mujeres su cabellera para hacer de ella cuerdas, y son llamados á la libertad los esclavos. Asdrubal, caudillo de la faccion nacional, que desterrado y agraviado por los suyos iba á sitiarse á Cartago á la cabeza de veinte mil hombres, se reconcilia con sus conciudadanos. Vuelve la poblacion del campo á la obediencia, ayuda á rechazar á los cónsules y á incendiar su escuadra. Reanimada Cartago, concibe entonces la esperanza de sucumbir con honra. Aunque los romanos empleasen para abatir sus murallas, todo lo más eficaz del arte de los sitios; por más que las batiesen, segun Appiano dice, con un ariete, movido por seis mil peones, y secundados con otra maniobra por innumerables remeros, fué vano tanto esfuerzo ante la habilidad de Asdrubal y el valor de los cartagineses.

Parece que la victoria estaba fatalmente ligada al nombre de Escipion; en las diversas guerras púnicas, Emiliano, hijo de Paulo Emilio vencedor de Perseo, fué adoptado por Escipion el Africano, y elevado al consulado antes de tener la edad. Es enviado al Africa; salva el ejército romano próximo á sucumbir, recoge la sucesion de Massinisa que acababa de morir, y se apodera de la parte baja de Cartago, llamada Megara. Extiende entonces líneas de circunvalacion al través del istmo que une á la ciudad con el continente; construye una alta muralla flanqueada de torres, para dominar á Car-

tago, tanto cuanto le fuese preciso, y llamando por último en su ayuda á los sagrados ritos, profiere contra la sitiada ciudad la fórmula de imprecaciones para atraer sobre ella la cólera de los dioses, y ofrecer á las vengadoras furias aquellos que hiciesen resistencia á su patria.

Reducidos á tal extremidad, tintentan los cartagineses su último esfuerzo (140); hombres, mujeres y niños trabajaban sin descanso, abren á su puerto una nueva salida por entre las rocas, y lanzan contra los romanos una escuadra, que han conseguido construir con la madera de sus demolidas casas. Avanzanse otros á nado hasta cerca de las máquinas de los romanos, y saliendo de improviso de las olas, encienden antorchas y dan fuego á los instrumentos de guerra de los sitiadores, que huyen despavoridos.

Vence entretanto Escipion, y penetra por asalto en Cartago, cuyos ciudadanos se defienden aun de calle en calle, de casa en casa, por espacio de seis dias y seis noches, cubriendo con sus cadáveres á su moribunda patria. Cincuenta mil de entre ellos, encerrados en la ciudadela de Birsá, piden y obtienen la salvacion de su vida. Previendo la suerte que les esperaba, los desertores que se habían refugiado en el templo de Esculapio, dieron fuego á su asilo, y perecieron bajo los escombros. No había cesado el general Asdrubal de dirigir valerosamente los esfuerzos de sus conciudadanos, y como impusiese Roma siempre que se quería negociar por primera condicion, la demolicion de Cartago, protestaba, exclamando: *No, no presenciara el sol mientras yo viva la destruccion de mi patria.*

Faltóle sin embargo la energía, y cayó á los piés del vencedor, pero su mujer que había permanecido al lado de los últimos defensores de Cartago, no queriendo sobrevivir á la ruina de su patria ni á la cobardía de su marido, sube á lo alto del templo vestido con su traje más espléndido, y despues de maldecir la traicion de su esposo, se precipita en las llamas con sus hijos.

De los setecientos mil habitantes de Cartago perecieron la mayor parte, siendo el resto transportado á Italia ó esparcido en diversas provincias. Cuatro millones cuatrocientas setenta mil libras de plata adornaron el triunfo de



Emiliano, apellidado desde entonces el Africano. Muchos y preciosos objetos de arte, entre los que se encontraba el toro de Falaris, fueron restituidos á la Sicilia; diéronse las bibliotecas al rey de Numidia, á excepcion de las obras de Magon sobre la agricultura, que fueron llevadas y traducidas en Roma; desmanteláronse todas las ciudades que eran favorables á Cartago, al paso que las que se habian declarado en su contra obtuvieron ensanche de territorio; particularmente á Utica le cupo en la particion el país comprendido entre Cartago é Hipona. Viéronse obligados los africanos sometidos á pagar un tributo, y se convirtió en una provincia de Africa el estado de Cartago. Consecuente á las órdenes del Senado, hizo Escipion pasar el arado al rededor de las murallas condenadas á la destruccion, renovó las imprecaciones rituales, por las que los dioses debian hacerse enemigos de la causa vencida, incendióse en seguida y consumieron las llamas en diez y siete dias á la envejecida rival de Roma.

De esta manera, despues de siete siglos y medio de existencia y de dos de lucha contra Roma, fué sin motivo ni justicia extinguida esta poderosa ciudad. Tan inicua devastacion fué, sin embargo, el emblema de gloria para la familia de los Escipiones, hombres llenos de humanidad, de cultivado talento, y que siempre se habian opuesto á medida tan salvaje; hizo asimismo la gloria de Emiliano, á quien todos citaban con elogio por la dulzura de su carácter, y del que Ciceron hizo su principal interlocutor en el diálogo de la república. Se decia, que nunca habia cometido una mala accion, ni dicho una palabra que no fuera digna de alabanza. Habiéndose identificado Roma en su orgullo con la humanidad, no comprendió nunca más intereses que los propios, no teniendo valor á sus ojos nada que no fuera romano. Escipion, sin embargo, á vista del desastroso espectáculo que ofrecia una nacion tan poderosa, permaneció algunos momentos absorto y silencioso, exclamando, despues, como el Hector de Homero:—¡Llegará un dia en el que caerán los sagrados muros de Ilión, de Priamo y de toda su raza!—Preguntando por qué libió que entendia por Ilión y por la raza de Troya, respondió sin nombrar á Roma, que

reflexionaba sobre el modo en que los estados más florecientes, declinan y perecen segun agrada al destino.

Podria creerse que la caida casi contemporánea de las dos ciudades más comerciales, Corinto y Cartago, produciría un gran trastorno en el comercio del mundo; pero Rodas y Alejandria habian atraído á sí gran parte de los negocios, sucediendo Utica á su antigua dominadora.

Aunque los romanos hubiesen maldecido al que hubiera construido sobre las ruinas de Cartago, Cayo Graco fué enviado veinticuatro años despues para establecer en ellas una colonia; levantóse de nuevo la ciudad en tiempo de Augusto. En el del emperador Gordiano citábala Herodio grande y populosa hasta el punto de no ceder sino á Roma y de rivalizar con Alejandria. Colócala Ausonio en tercer grado nombrándola despues de Roma y de Constantinopla; habla Salviano de su grandeza poco antes de la época en que fué invadida por los vándalos, y cita el acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los templos de Esculapio, de Astarte, de Saturno y de Apolo, sus basílicas y sus plazas. Destruyéronla enteramente al fin los sarracenos en el séptimo siglo, y del mismo modo que se sentó Mario sobre sus primeras ruinas para meditar en ellas su venganza, vino á morir San Luis en sus nuevos escombros, reflexionando sobre la nada de las cosas humanas y fortificando su alma con inmortales esperanzas.

#### CAPITULO XXIV.

##### CHINA.

###### El país y sus habitantes.

Ahora se presenta á nuestros ojos una escena completamente nueva. Hé aquí un pueblo distinto de cuantos hemos visto hasta el presente, tan numeroso por sí solo como todos los europeos juntos, es decir, que forma la quinta parte del género humano; ocupa casi una décima parte de la tierra habitable, habla un idioma y emplea una escritura, cuyas reglas y bases son diferentes en un todo de las nuestras, así como no se nos asemejan ni en costumbres,

ni en orden de ideas, ni en organizacion política. Dotado de maravillosa habilidad en las artes manuales y de lujo, prodigiosamente rico en literatura, su civilizacion no marcha paralelamente con la nuestra, y hasta desconoce su giro.

Este pueblo, en que se encontraba como un foco de ciencia, de civilizacion y de comercio, y que dirigió los destinos de la parte más remota del Asia, á semejanza de la Europa del dia respecto del resto de la tierra, se remonta por su origen á los primeros tiempos del mundo: cuenta tradiciones no interrumpidas, de cuarenta siglos, en las que tal vez habria que buscar la historia de los pueblos orientales y las causas de las emigraciones que desde Odino hasta Gengis-Kan se derramaron por nuestro Occidente. Contemporáneo de todos los pueblos, olvidado por el tiempo, que no le ha envejecido ni renovado, forma una cadena viva entre lo presente y la antigüedad más remota.

Puede decirse, no obstante, que este pueblo sorprendente fué desconocido por los antiguos: parece demostrado que los *seres*, mencionados por Horacio y Floro como situados en el postrer término de los descubrimientos de la antigüedad, no eran los chinos. Prueba de esto es que, segun Plinio y Mela, *los seres habitan en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupan los indios y los escitas*. Ahora bien, terminando el Asia, en su concepto, algo al Este del Ganges y un poco al Norte del Mar Caspio, es evidente que colocaban á los Séres en el Thibet y en sus inmediaciones. Las indicaciones de otros escritores nos vedan asimismo ver en la China el país de los seres. Es probable que el *Sericum* que se sacaba de allí consistia en una tela de seda, que deshilaban los romanos para hacer nuevos y ligerisimos tejidos, y adornar los encantos de la hermosura sin esconderlos; así como el *Serica materies* era una lana finísima y larga, cabalmente la misma de que se hacen actualmente los tejidos de Cachemira.

Arriano habla de los *Sinae*, de donde se trasportaban las sedas crudas y trabajadas hácia el Occidente por la Bactriana (Bokara). Parece que en tiempo del décimo séptimo emperador de la dinastía de Han, el año 94 de J. C., hubo

de partir de la China un enviado para anudar con el mundo occidental relaciones de comercio y de detenerse en Arabia. En la época de Trajano llegaron los chinos, á consecuencia de sus guerras contra los tártaros, hasta el Mar Caspio; y hay motivo para creer que el uso siempre creciente de la seda, determinó á Antonino á enviar por mar en el año 161 un embajador á los pueblos que la trabajaban, pero volvió sin recabar cosa alguna. Acaso no se encaminó más que á la parte superior del Oxo y del Iaxarto, donde se dirigian á la sazón en tropel los negociantes chinos, dilatándose el imperio hasta á aquel punto y hasta las montañas de Zung-Ling. Se cree que el cristianismo fué introducido allí por los nestorianos hácia el año 635; con efecto, se han encontrado allí vestigios de ellos y hasta iglesias.

A los árabes debemos las primeras noticias exactas de la China, cuando el impetu de las conquistas llevó en los siglos VIII y IX al pueblo más entusiasta á los confines de la nacion más metódica. Un pasaje, traducido por Renaudot, de la relacion de un viaje emprendido por los árabes á aquella comarca entre los años 850 y 874, prueba que sus navegantes iban por mar á la China para hacer el comercio, antes de la conquista del país por los tártaros mongoles. Luego que Gengis-Kan hubo fundado la dinastía de estos conquistadores, el árabe Ibn-Batutas visitó la China, y encontramos en sus viajes, traducidos por el profesor Lee, la descripcion del papel moneda, invencion de los mongoles.

Con la intencion de poner un dique á la inundacion con que Gengis-Kan amenazaba á Europa, el santo padre, como tutor de la cristiandad, envió en embajada al conquistador muchos religiosos que llevaron á Roma noticias escuchadas entonces como fabulosas. Cupo igual suerte á las relaciones del veneciano Marco Polo, apodado Million á consecuencia de la persuasion en que estaban todos de que habia exagerado singularmente lo que habia visto. Habia visitado en 1274 el reino del conquistador mongol Coubilai-kan, por quien hasta habia sido empleado.

Hizo poco despues el armenio Hayton una descripcion de aquel punto; luego Juan Corvino, enviado por Nicolás IV, convirtió á la fé